



EN LA
PUNTA
DEL
MEÑIQUE

Ariana R. Orozco



Primera edición, marzo 2023
(Ariana R. Orozco / El Fakir)

Ariana R. Orozco
En la punta del meñique - Quito: El Fakir, Imprenta Mariscal, 2023
224 pp.; 15 x 21 cm (Colec. Chulpi) - ISBN 978-9942-7019-7-8

Ediciones El Fakir

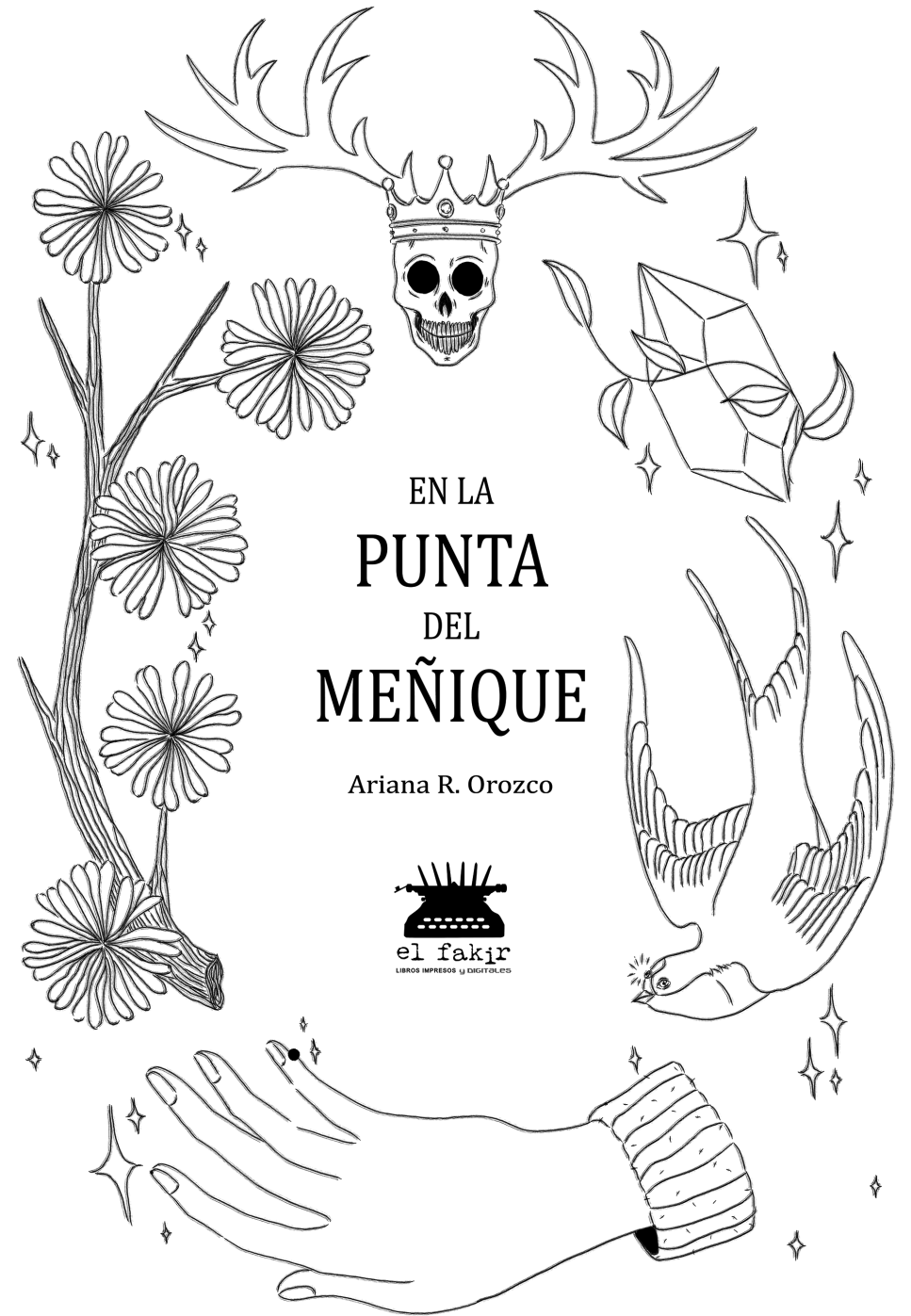
Diseño editorial: Ariana R. Orozco
Corrección de texto: Verónica Mosquera

© Ariana R. Orozco, 2023

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida,
sin autorización del autor; la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento.

Ediciones El Fakir
Olmedo oe2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito
www.fakirediciones.com

Impreso en Imprenta Mariscal • Printed in Ecuador



EN LA
PUNTA
DEL
MEÑIQUE

Ariana R. Orozco

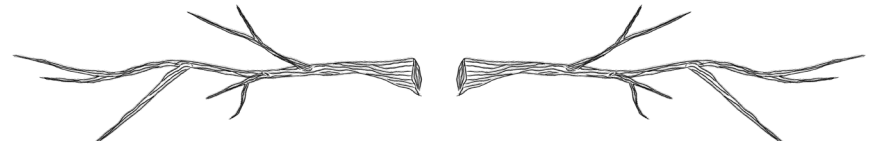


el fakir
LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES

Para mis hermanos Pau y Tito.

Los cuentos de hadas superan la realidad
no porque nos digan que los dragones
existen, sino porque nos dicen que
pueden ser vencidos.

Neil Gaiman



1

Cuando a mi abuela le preguntaban por la crema que usaba, ella respondía sin levantar la vista.

—Ninguna crema, una dedada de baba en ayunas.

Mi abuela no creía en las cremas porque su saliva era, supuestamente, lo mejor para las arrugas. ¡Pero no solo eso! También la usaba para cerrar las heridas de las rodillas de sus nietos y no faltaba en los besos pegajosos que nos imprimía en la frente, muchas veces acompañados de los apretones con los que sus manitos heladas y huesudas agarraban nuestras mejillas. Siempre me sobresaltaba cuando lo hacía. ¡Y es que se dejaba crecer las uñas un montón! Parecía tener unas garras sorprendentemente duras, siempre pintadas de rojos y morados casi negros.

Esta persona pequeña y encorvada era objeto de muchos rumores.

Por ejemplo, sobre la peor caída en bicicleta de papá. Con ocho años, se encontraba bajando por una pendiente cuando la

rueda delantera se estampó contra una piedrota, y lo mandó a volar. Un alambre se desprendió y se clavó en su pierna; el corte fue tan profundo que casi se desangra. En medio del caos, de la sangre, del niño y los hermanos que le acompañaban llorando en coro, una mirada de la abuela bastó para que todos se callaran. Se arrodilló frente a papá, se sacó un pañuelo bordado del bolsillo y le pasó la lengua. Acto seguido, frotó la tela babeada contra su herida y esta se cerró de inmediato. La única evidencia que quedó del accidente fue la bicicleta destrozada y la tierna piernita manchada de sangre.

He de admitir que le tenía algo de miedo a mi abuela. Las historias de papá, sus monstruosas uñas y el hecho de que no tuviera amigas no aportaban a su imagen. Al mismo tiempo, sin embargo, la quería con toda el alma. Pero de esto no me di cuenta hasta el día en que desapareció.

Fue aquel año en que mis padres notaron que no se querían tanto como pensaron al principio, claro que esto lo descubrí después. En ese momento solo parecía que se habían unido a un club secreto. Uno del que me excluían para encerrarse a discutir y reclamarse cosas que yo no alcanzaba a escuchar. Recuerdo no saber qué nombre ponerle a esta situación. Lo único que tenía claro era que muchas cosas habían cambiado. De repente, comencé

a escuchar muchos gritos en la casa y a ver sillas vacías en mis presentaciones de la escuela.

A pesar de todo, me dejaban ver televisión hasta tarde y me permitían visitar mucho más seguido a mis amigas. La situación tenía sus beneficios. No estaba triste, a pesar de que a estas alturas de mi vida me gustaría poder decir que sí. Solo me sentía desorientada y, pues, también, enojada. De pequeña, este complejo de ser tomada en serio era todo para mí. Por tanto, “No es nada, hija, cosas de adultos” era una respuesta que se sentía como un insulto.

Normalmente visitábamos la casa de la abuela bastante seguido. Cuando me dieron la noticia de que pasaríamos las vacaciones allá, me emocioné. Pensé que era algo que los tres disfrutaríamos, una oportunidad para comer helado en el frío, pasear por las montañas y freír empanadas. Sin embargo, al final su plan resultó ser que yo hiciera la visita sola.

La abuela desapareció a la semana de vivir juntas.

Fue justo cuando dejó de confundir mi nombre con el de otros nietos. ¡Hasta rutina teníamos! En esos días caí en cuenta de que durante las comidas alegres que recordaba en esa casa, yo nunca había dicho una palabra. Respondía a lo que me preguntaban, claro,

pero nada más. Lo que nos hacía reír eran las anécdotas de papá y mamá. Sin ellos, la charla consistía en que la abuela me preguntara cómo me iba en la escuela y yo le dijera que todo bien. Lo bueno era, aunque sea, que la abuela no pretendía querer hablar; a veces, solo me guiñaba un ojo, sonreía y continuaba comiendo.

No fingía para hacerme sentir mejor, y eso se sentía muy bien.

Eran estos gestos pequeños los que me tenían determinada a quedarme con ella. Mamá y papá se habían vuelto demasiado amables, demasiado delicados conmigo. Habían cambiado. Me ocultaban algo. Por eso lavaba los platos, para que la abuela pensara que yo era más madura de lo que aparentaba. Procuraba aceptar todo en su rutina, adaptarme. Digamos, por ejemplo, que, al contrario de la mayoría de las abuelitas, la mía no cocinaba, no sabía hacer más que café. Le pagaba a una muchacha para nos trajera el almuerzo, así que la comida era repetitiva, pero nunca me quejé.

Además, comencé a leer el periódico y a hablarle de los posibles candidatos a presidente. En mi cabeza, solo si eras capaz de hablar de corrupción podías llegar a considerarte un adulto. Ella se sorprendía y me decía que yo era una niña muy inteligente, incluso más que papá a mi edad. Yo fingía modestia y decía que aún me faltaba mucho por aprender, aunque cada halago me subía la



autoestima. De este modo, las esperanzas de que me permitiera quedarme en su casa aumentaban.

Solo la veía durante las comidas, así que tenía que aprovechar bien el tiempo que pasábamos juntas para probarle que podía ser buena compañía. Y es que cuando mi abuela bajaba a su taller, parecía desaparecer pues ahí pasaba la mayor parte del día. Era una costurera muy solicitada. Su manera de compensarme consistía en dejar la tele conectada para que no me aburriera. En vano. Los programas de televisión que me gustaban se acababan al medio día, después ya no tenía nada que ver. Me hacía falta la tele de mi casa, esa tenía cientos de canales.

Entonces, determinada a no extrañar nada y a encontrar maneras de entretenerme en lo que quería que se convirtiera en mi nuevo hogar, me la pasaba explorando. El sitio daba para jugar a las expediciones. Se notaba que había sido construido de la manera más improvisada posible. De pequeña, yo lo describía como un garabato vuelto casa.

A veces, imaginaba que era uno de esos viejos castillos embrujados llenos de pasadizos secretos. Las escaleras de madera gastada crujían. En el cemento del jardín, crecía moho de un verde tan brillante como el de los resaltadores. La niebla era tan densa que

se sentía como un abrazo helado. Cada habitación estaba a reventar de frasquitos de medicina, viejas fotografías, cojines, estatuillas de ángeles de cada bautismo y novios pálidos de porcelana de cada boda, mantas, cajitas musicales, tarjetas de navidad de muchos años atrás, un teléfono de disco y suéteres olvidados. Además, había un montón de adornos tejidos con crochet descansando en los lugares donde tenía menos sentido ponerlos. Cada habitación era un museo de la vida personal de los abuelos y los catorce hijos que habían vivido ahí.

Otras veces, me ponía a jugar con los Panchos, cuando se dejaban ver. Pancho era el nombre con el que se bautizaba al gato de turno, sea macho, sea hembra. Había ocasiones en las que tenían más de un gato a la vez, pero aun así todos respondían al mismo nombre. Por eso, durante años, pensé que la palabra *gato* no existía y que Pancho era como se le decía al animal. El de ese tiempo era un gato blanco con una mancha gris en la oreja. A menudo me quejaba de que no servía para su propósito de mascota, porque no era tan activo. Me permitía acercarme y jugar con él, pero necesitaba su espacio. Había días en que solo aparecía cuando escuchaba el sonido de la cuchara de mi abuela pasando las sobras del almuerzo a su tarrina.

La abuela desapareció durante la noche.

Habíamos estado hablando de los vecinos y de lo triste que había sido que su nene de cinco años falleciera tan pequeño. Una pulmonía. La abuela me contaba este tipo de historias sin miedo alguno, ¡me hacía sentir tan importante! Mis padres nunca habían hablado de muertos conmigo, hasta esa edad no se me había permitido siquiera ir a un cementerio. Yo no sabía lo que era una pulmonía, pero no quería que la abuela lo notara. Así que me enfoqué en opinar que niños de cinco años no deberían morir.

—Abuela, ¿crees que el niño se quede cerca como un fantasma? —pregunté no sin algo de esperanza en la voz.

Se me ocurrió que, si el niño se quedaba en este mundo, tendría la oportunidad de ver un fantasma en la vida real. *Ese sí que sería un remedio para el aburrimiento*, se me ocurrió. No es que no me gustara la compañía de la abuela, pero como que su salud no le permitía moverse mucho. Además, estaba muy ocupada en su taller.

—No, mijita —contestó entre risas rasposas—, era un niño muy listo, estoy segura de que no se ha de quedar aquí.

Decepcionada por su explicación, llevé los platos a la cocina. Una vez todo estuvo limpio, me retiré a dormir. Esta era la primera visita en la que me animaba a dormir sola, en buena parte esto se

debía al tragaluz. Cuatro cuadrados transparentes que permitían ver a través del techo de la habitación, como una ventanita hacia el cielo que no mediría más de cincuenta centímetros cuadrados. El techo de la habitación daba a la terraza, donde se lavaba la ropa y se criaban gallinas. Pero la mayor parte del espacio estaba destinado solamente a las plantas de la abuela.

Esa noche tuve problemas para dormir. Cuando me cansé de dar vueltas, decidí que el sueño llegaría cuando le diera la gana y me recosté con los ojos abiertos a esperar. Estaba mirando el tragaluz, agradecida por el brillo que dejaba entrar y permitía que la habitación no se quedaraa del todo a oscuras. Estaba pensando en por qué la abuela casi nunca subía a la terraza. *¿Cómo es que sus plantas se mantienen vivas sin que alguien las riegue? No, quizá sube a cuidarlas muy temprano y por eso no la he visto hacerlo.*

De pronto, una figura bloqueó parte de los vidrios.

Una mano.

La observé por unos segundos como hipnotizada. Era pequeñita y negra. No se movía. *Pero si yo veo una mano, esa mano tiene un brazo, y el brazo tiene un cuerpo, y ese cuerpo...*

Subí las mantas bruscamente para cubrirme la cara. Me quedé ahí, con el corazón en la garganta, conteniendo la respiración. Estaba

más despierta que nunca. Solo quería meterme entre las sábanas perfumadas de la abuela y que me pusiera su huesuda mano en la frente, que me dijera que estaba imaginando cosas. Pero justo cuando estaba reuniendo el valor para levantarme y salir corriendo al cuarto de al lado, algo me detuvo.

Casi pego un grito.

Era la abuela.

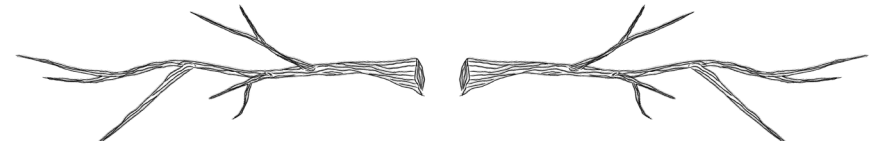
—No te asustes —susurró, en medio de la oscuridad—. ¿Escuchaste lo que dije? —preguntó luego de mi silencio.

—Sí —alcancé a responder.

—No mires arriba. Pobrecita, estás temblando. Respira, hija, respira. Eso es, respira despacio. ¿Más tranquila? Cierra nomás los ojos, vuelve a dormir. Te quiero muchísimo, mi Paulita. Duerme, corazón, duerme, que aquí no pasó nada.

Tomó una de mis manos, la sacó de debajo de las mantas y depositó un beso en mi meñique.

Eso es lo último que recuerdo de aquella noche.



2

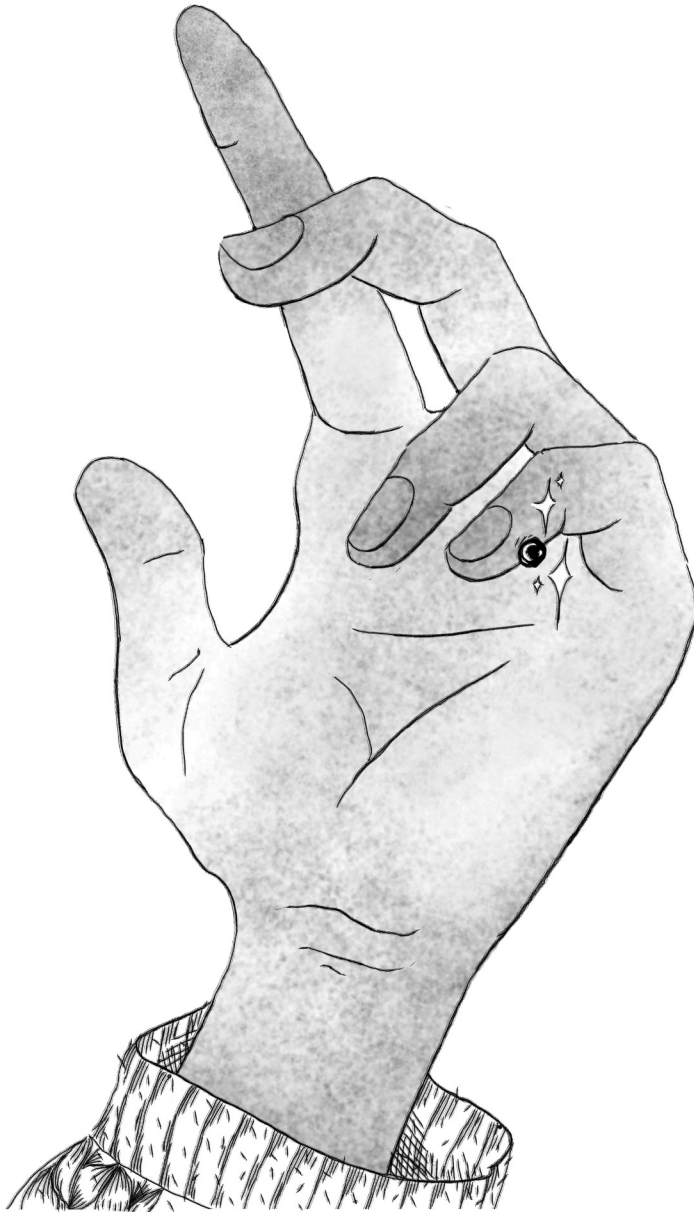
Al día siguiente, la abuela no estaba.

Pero no me di cuenta tan rápido como se esperaría. Me levanté desorientada, con pereza y sed. No noté la ausencia del olor a café. Ni siquiera me percaté del silencio del gallo. Solo desperté con frío y la boca seca, aún con la cabeza pesada por el sueño. Comencé a moverme en piloto automático, a repetir las mismas acciones de cada mañana.

Sobre la pijama, me puse un suéter de mamá. Siempre que estaba lejos de casa, me llevaba una prenda suya a escondidas. Ese era mi secreto. La abuela nunca me preguntó por el suéter gigante que tan a menudo me ponía, a pesar de que era obvio que no me pertenecía. Yo siempre estuve preparada para mentirle y decir que me lo había llevado por error cuando preparaba mi maleta. Sin embargo, ella nunca preguntó. Lo único que hacía al respecto era dejar escapar una pequeña sonrisa cuando me veía usándolo; yo me sonrojaba.

Y así, abrigada, salí al baño. Mientras me lavaba las manos,

EN LA PUNTA DEL MEÑIQUE



noté que había algo extraño en mi dedo meñique. Al principio pensé que era un bicho. Cerré los ojos rápidamente y sacudí la mano con fuerza. Pero no funcionó, aún podía sentirlo ahí. Golpeé mi mano contra el lavabo con la esperanza de matarlo. El dolor me sacó lágrimas. Pero no sirvió de nada, aún lo sentía. Entonces, solo entonces, me atreví a abrir los ojos lentamente para verlo. Parecía un lunar, pero no tanto porque era más como una bolita y no una mancha.

Era enorme.

Por lo menos no es un insecto, pensé, e hice lo primero que se me vino a la mente: intenté quitármelo. Casi me pongo a llorar. Bueno, no. Sí lloré un poquito. Mejor dicho, un poquito más, porque ya tenía los ojos húmedos del golpe que yo misma me había dado contra el lavabo. En todo caso, el punto es que ahí lloré en serio. Estaba tan pegada a mí que, al moverla, se sentía como si me mordiera el dedo para quedarse en él. ¡Imposible que fuera una verruga de verdad!

Así que salí a la cocina a contarle a mi abuela.

—¡Abue, necesito ayuda! —exclamé con la voz temblorosa, y acabé hablando sola.

No estaba.

Se me ocurrió que podría seguir dormida, pero tampoco la encontré en su cuarto. *Nunca sale en las mañanas. Es más, ¿alguna vez la he visto fuera de la casa?* Inmediatamente después de hacerme esta pregunta, los recuerdos de la noche anterior volvieron a mí a toda velocidad. Regresaron como una pesadilla olvidada: el tragaluz, la abuela, la mano aquella.

Mi primera reacción fue asumir que todo había sido un sueño.

Tenía que serlo. Pero, de todas maneras, comencé a sentir un miedo diferente a cualquiera que hubiese experimentado antes. Uno que no se me quedó en la cabeza como idea. No. Se sentía como un líquido frío que me trepaba por la espalda para luego derramarse por las venas, eliminando todo rastro de calor y seguridad.

Escuché un ruido.

Me volteé de golpe, imaginándome al diablo, pero solo era el gato de la casa.

Suspiré.

Verlo trajo un poco de normalidad al día. De hecho, me motivó a seguir buscando. Pero, a pesar de la reconfortante presencia de Pancho, saber que se me iban acabando los lugares donde buscar me llevaba a imaginarme lo peor. Me llevaba a sospechar, a considerar, que tal vez lo que recordaba no había sido una pesadilla. Consciente

o inconscientemente, había evitado buscar en la terraza. Pero ¿acaso no era el lugar más lógico a donde ir? Me había levantado bastante temprano después de todo. Me negaba a admitir que el sueño de ayer me había afectado tanto como para temerle a la terraza. La mano de ayer era tan pequeña que solo podía pertenecerle a un niño, pero ningún niño podría trepar dos pisos desde afuera, imposible.

Entonces, me acordé.

¡El hijo de los vecinos! El niño de cinco años. Me senté muy lentamente en el viejo sillón de la sala y me cubrí la cara con un cojín. *¿Y sí la abuela se equivocó? El niño podría seguir en este mundo. De pronto hasta nos escuchó hablando de él ayer. ¿Cómo pudimos discutir su historia tan a la ligera?* Estaba tan ocupada tratando de reunir el valor necesario para sacar la cara de la almohada, que no noté que el gato de la casa me seguía con interés. Lo escuché maullar cerca de mí, tratando de llamar mi atención.

—¿Tú puedes ver fantasmas, Pancho? —pregunté, con la voz apagada por el cojín.

El gato solo se quedó en silencio, obviamente.

Me descubrí el rostro y tomé aire lentamente. Consideré llamar a mis padres, pero deseché la idea enseguida. Además, aún

no había subido a la terraza. Así que, armada con el suéter de mamá, me dirigí a las escaleras. Las gradas eran bastante estrechas, de la misma madera crujiente que el resto de la casa. No entraba luz y el foco se había dañado años atrás, tocaba subir con mucho cuidado. El gato me siguió, estaba tan cerca de mis pies que tuve miedo de pisarlo y lastimarlo. *¿Tú también te estás preguntando qué fue de ella?*, se me ocurrió mientras lo veía adelantarse. Finalmente, entré a la terraza. La luz de la mañana me cegó por unos momentos. Tuve que parpadear para distinguir lo que tenía en frente.

Lo primero que vi fue una gallina tirada en el suelo.

No tenía patas.

El olor me provocó arcadas al instante. Estoy segura de que si hubiera tenido comida en el estómago habría vomitado enseguida. La sangre había manchado las plantas de hierbaluisa, las rositas, el suelo de cemento desnudo. ¡Hasta los huevos del gallinero habían sido reventados contra la pared! El silencio era algo completamente nuevo en el lugar. Siempre estaban cacareando, todas. Ahora, ya no. Lo que quería decir que la que yacía frente a mí no era la única gallina muerta.

Levanté la vista y alcancé a ver al gallo tirado cerca del balcón, tampoco tenía patas. Su cuerpo había caído detrás de una

maceta de hortensias celestes y la sangre de sus heridas las había salpicado. Hortensias celestes con manchas rojas. Cemento gris con manchas rojas. Los ojos vacíos, permanentemente abiertos, de las gallinas que iba encontrando con la mirada. Musgo verde con manchas rojas. Plumas en todas partes. Sangre. Y, por primera vez, el olor a sulfuro de la muerte invadiendo mis pulmones.

Bajé las escaleras casi tropezándome. El gato me siguió corriendo.

—¡Qué asco! —exclamó una voz muy enojada. Por un momento pensé que mi abuela había vuelto, pero el sonido venía del suelo.

El gato hablaba.

El gato

me hablaba

a mí.